

La habitación del hombre

Antonio FERNANDEZ ALBA

**El arquitecto Alvar Aalto
ha muerto recientemente en Finlandia.**

**Pendiente siempre de liberar el espacio de valores gratuitos y reseñar
sus funciones concretas,
su obra queda como un testimonio de atención a la convivencia humana.**

Frente a la práctica común y a la divulgada creencia de que las formas del "habitat" de nuestro tiempo obedecen a la *civilización del rectángulo*, la obra del arquitecto finlandés Alvar Henrik Aalto (1898-1976) ha estado empeñada, durante toda una vida, en concebir la construcción del espacio físico del hombre moderno más allá de la cuadrícula seductora que la ambigüedad del funcionalismo tecnocrático ha querido imponer.

Llegó al mundo Aalto en un periodo que puede ser considerado, al margen de toda reticencia, como *heroico*. Aquellos "años veinte" que indujeron a muchos de los protagonistas verdaderamente comprometidos a limpiar de *historias* —como la "belleza arbitraria"— la práctica de la arquitectura. Sus precursores (Richardson, Sullivan, Wright, Loos, Berenhs, Van der Rohe, Gropius, Le Corbusier...) habían afrontado, tal vez sin conocerle, una obsesión romántica que Hume expresó en estos términos: "La belleza no es una cualidad de las cosas en sí; existe solamente en la mente que las contempla, y cada mente considera la belleza de un modo distinto". Los espacios debidos a estos arquitectos, en cuanto imaginados y llevados a la práctica, entrañaban la demolición y ulterior superación del concepto de "belleza arbitraria".

Desde su entorno local (Finlandia), buscó Alvar Aalto un verdadero "compromiso" con la realidad de su tiempo, y el tajante abandono de sus iniciales propuestas racionalistas provino de la contradicción entre la utopía del progreso universal y su rigurosa negación por parte del socialismo científico. Precursor, en buena medida, de Hannes Meyer y adicto a la tradición de su pueblo, Alvar Aalto realiza sus obras como sencillas construcciones, lejos del "apartado académico" y muy cerca de un concepto de *belleza positiva*.

El techo, el suelo, la pared

Más allá de la significación simbólica que a través de la forma nos ofrece la arquitectura, la obra de Alvar Aalto, el último de los "maestros constructores", irrumpió con una innegable carga de poética personal y como una conquista de racionalidad arquitectónica, pese a la marginación de que fue objeto al final de su vida. Un expresionismo soterrado, lúcida y recogido de las obras postreras de Van de Velde, acompañó a Aalto a lo largo de su quehacer, pendiente siempre de liberar el espacio de valores gratuitos y reseñar inequívocamente la autenticidad de cada una de las funciones: el

techo, el suelo y la pared de la caja espacial se presentan como mensajes característicos de un lenguaje concreto para evidencia del uso, la función, el lugar, la Historia, los métodos constructivos..., signos todos ellos harto elocuentes de lógica constructiva, de información significativa y de expresión plástica.

Constructor sin teoría, conocedor de oficio, apegado a la cultura de su pueblo, fue Alvar Aalto intérprete genuino de una forma democrática de organizar el espacio arquitectónico, y lo hizo en la escala más reducida y menos ambiciosa: el pequeño lugar de la habitación del hombre, realidad antropomórfica que la circunscribe al sitio y al tiempo de su Historia.

Valor de las plantas

Y fue precisamente dentro de este posibilismo humanista donde su quehacer entrañó un carácter dialéctico de cara a la materialidad del espacio arquitectónico. La idea del espacio de la arquitectura, como lugar de convivencia, provenía en Aalto de sus simpatías por el "anarquismo", especialmente el de Kropotkin: sus plantas no pueden ocultar una concepción espacial dispuesta siempre a recibir a la colectividad social. Llegó a entender el edificio como una célula inscrita en un todo orgánico que exigía a cada una de las partes una respuesta inmediata a la economía concreta de su función.

El organicismo de Wright, de Häring o de Aalto se inscribe dentro de las manifestaciones expresionistas que exigen del arquitecto todo un compromiso con los problemas de la realidad y del medio, aglutinando las cuestiones del pensamiento y las de la acción en un gesto único: resolver, en una única espacialidad, símbolo y función, necesidad y recuerdo, privacidad y colectividad.

Alvar Aalto entra en la Historia de la arquitectura con una obra llena de vigencia y en unos tiempos en que el "simbolismo racionalista" sigue esforzándose en presentarnos unos espacios próximos no se sabe si al éxtasis o al delito, al tiempo que un revisionismo historicista, entre oportunista y confuso, se nutre exclusivamente de la sospecha. ■

Ultima obra de Alvar Aalto. Palacio de Congresos Finlandia-Talo, Helsinki (1974).

